

LA TERTULIA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y DE ARTES.

LA LECTURA DE UN DRAMA.

Para orador te faltan mas de cien :
Para arador te sobran mas de mil.
EL MAESTRO GONZALEZ.

Me disponia á salir á la calle, cuando despues de ir un aldabonazo en el porton, entra en mi cuarto un hijo de las frondosas márgenes del Miño, y me entrega una esquila concebida en estos términos :

«Te espero á las seis en casa de N. : en ella se dará lectura á un drama compuesto por un poeta muy recomendable, y al cual no conocerás seguramente. *Es chico de genio y de esperanzas*, y te aseguro que pasarás un rato delicioso. Me encargan que te avise no solo por nuestra amistad, sino tambien por tu cualidad de periódista. Adios.»

Y seguia la firma de mi buen amigo *Emilio de la Romana*, que pudiera ser la del infierno segun entra con todas y de todo saca partido.

Despedí al correo de gabinete, y resignándome á no pasear aquella tarde, enderecé mi caminata á la casa de la cita. En el camino encontré á cierto melenudo vate, que dándose mil parabienes por haberme echado la vista encima, me encajó dentro del cuerpo, *velis nolis*, unos cuantos centenares de versos á la muerte de un *jilguero*; los cuales queria que apareciesen en las columnas de mi periódico al inmediato dia, aun cuando hubiera de suspender la publicacion de las noticias del correo. Me acuerdo solo de la primera estancia que era asi :

Ah! mortales, llorad! la vida es nada...
Todo en el mundo para mí acabó!..
El jilguero regalo de mi amada,
La muerte de mi seno arrebató!...

—Bravísimo! excelentes versos! le dije, si

bien el de *todo en el mundo para mí acabó*, es algo parecido á otro de Espronceda.—Puede ser, me respondió el vate; pero usted sabe que muchas veces ocurre el mismo pensamiento á dos ó mas poetas. Y siguió impasiblemente recitando su composicion, y aun hubo estancia que me repitió tres ó cuatro veces, con un gusto y saboreamiento inesplicables.

Prometiendo dar publicidad al excelente parto de su musa elegiaca, pude desasirme de él; y á breves instantes me hallé tirando del cordon de la campanilla en la casa de D. N. Abrióme este que es amigo mio y hombre no lego en lo concerniente á literatura, y con una risita medio burlona y medio candorosa, me dijo dándome la mano:—Ya ha empezado la lectura.—Me ha entretenido un imbécil, le respondi.—Pues se la ha perdido usted, repuso, y ambos entramos en la sala á tiempo y sazon que el lector del drama decia :

Entra en la sala Lanzosqui
para robar la odalisca,
pero libertó á Lodisca
el conde de Poniatosqui.

A mi entrada hubo la consiguiente revolucion de arrastraderos de pies, trasiego de sillas, saludos y apretaderos de manos. Desde luego hubiera percibido el ojo menos perspizac una linea divisoria entre los concurrentes. Unos estaban sentados á la sombra de la pantalla, en los rincones, ó de manera que sus fisonomias no pudiesen ser vistas por el lector; y otros ocupaban lo mas claro, y tenían unas caritas de pascua que daba gusto. Entre los primeros se hallaba mi amigo Emilio, quien de una rápida y significativa mirada, me puso al corriente de cuanto estaba pasando.

Era el lector un hombre como de cincuenta años. Tenia calados sus anteojos, y entusiasmado con la lectura no habia percibido mi llegada, ni el estrépito que causé. Cuando me sentaba á sus espaldas á fin de parapetarme en la sombra de su cuerpo, leia estos versos :

Al sentarse el rey Redesqui
con su amigote Vertusqui
en la cueva de Palusqui,
se encontró perdido el pesqui.

—Bravo! dijeron á una los de la sombra, y ¡bien, muy bien! los de la luz.—Ni de intento, exclamó Emilio, pudieran haberse buscado dos redondillas como estas para celebrar tu venida. ¡Es mucho ingenio el de este hombre! Entrás tú, y entra Lanzosqui; te sientas, y siéntase también el rey Redesqui.—La observacion era ingeniosa, y produjo un resultado maravilloso en el auditorio. Por el contesto de la exclamacion de Emilio, comprendi ser el *virjo* leyente el *jóren* autor del drama; y tambien la significacion de las palabras es un *chico de genio y de esperanzas*, subrayadas en la esquila. Desde entonces no fui mio: hice causa comun con los de la sombra, y poniéndome lo mas serio que pude dije al poeta: —Bonisima es la redondilla acabada de leer; pero advierto que eso de *pesqui* es algo gitanesco...—Es por el consonante, dijo el poeta, y ya sabe usted que los ciudadanos del Parnaso tenemos licencia para dar carta de naturaleza á las palabras extranjeras.—Esta observacion es concluyente, repuso Emilio encarándose conmigo; ó si nó habrás de negarme la autoridad de Horacio.

Dióse tregua á la lectura, y tomándome la libertad de coger el drama para leer su titulo, no pude resistir al deseo de copiar con lápiz la primer hoja, que era así.

La Hipocondria, ó los amantes de la Polonia: drama original en cinco actos y once cuadros, en diversos metros de versos: escrito por don Caralampio Luengareja.

Interlocutores que hablan en él:

El conde de Lanzosqui, amante de
Lodisca, hija de
Palusqui, hermano de
Redesqui, abuelo de
Marisca, tia de
Poniatosqui, conde de Polonia y primo de
Rasqui.
Patisqui,
Manisqui,
Orejosqui, conjurados.
Consejeros, tártaros, chinos, soldados polacos,
cárceles, verdugos y comparsas. La escena es en
Polonia: siglo 15.

ESCENA PRIMERA.

Aparece Marisca tomando un veneno.

¡Oh dura, oh perra Lodisca!

que me has robado de Rasqui
el amor! Oh! pierdo el casqui
como me llamo Mariscal...

Pregunté al *prematureo* poeta la causa de terminar todos los versos en *asqui, osqui, isca y usqui*, y díjome ser por imitar la lengua polaca, pues la cosa, segun habria observado, pasaba en Polonia.—Así doy á mi composicion, añadí, todo el posible colorido de verdad: estando segurísimo de que los espectadores se juzgarán trasladados al riñon de Polonia, al oír el sonsonete de mis *asquis* y de mis *osquis*.

Continuó la lectura, ofreciendo cada palabra motivos de interrupciones por parte de los de la sombra. Quién ponía una mano como de pantalla para ocultar su rostro encendido por una risa á duras penas comprimida; quién la disimulaba arrastrando la silla en que estaba sentado; y quién, para sufocarla, acudía á hacer observaciones sobre la hermosura de ciertos versos y la gallardía de algunos pensamientos. Por mi parte sé decir, que cuando acabó la lectura tenía mis labios destrozados á fuerza de mordiscones, para espantar con el dolor las risotadas que á cada instante luchaban por escapásemme alborotando. ¡Qué angustias pásé!

Habrà pocas personas capaces de beberse de una pechada dos cuartillos de miel, ni de embaularse hasta dos centenares de merengues. La excelencia de su dulzura empalaga prontamente al propio paladar, que de otra materia menos dulce resistiria doble y triple cantidad que la de la miel y los merengues. Así nos sucedió con el drama. Las risas fueron en disminucion; y concluimos por bostezar en coro.

Dióse fin á la lectura, y colmamos de enhorabuena al *jóren* autor, que se desbarataba en contorsiones de estudiada modestia. Emilio le prodigaba alabanzas á borbotones; y todos los de la sombra no teníamos palabras suficientes para encarecer el mérito de semejante composicion. Si alguien se permitia algun reparo, no era por caridad cristiana, sino para que los otros salieran á la defensa del autor, y le tributasen más y mas elogios. ¡Reparos! No se asiste á la lectura de un drama para emitir otra opinion que la favorable. Su primer teatro es la casa en donde se lee: sus primeros comparsas, los convidados para la lectura. ¡Reparos! Deslicese usted con reparillos, y cobra un enemigo en el autor, y otros tantos en sus padres, hermanos, tíos, y demás parientes y amigos.

Pero se me dirá: no asista usted á semejantes reuniones.—Entonces soy enemigo de los progresos de la juventud.—Pues ponga punto en boca.—Entonces me devora la envidia. No hay para quedar en bien otro camino que el de las alabanzas.—Pero ¿no ve usted, se replicará, que de ese modo jamás en-

mendarán sus yerros ni adelantaran cosa alguna?— No cabe, amigo mío, enmienda ni adelanto en semejante clase de obstinados pecadores: conozco el terreno, y sé muy bien lo que me digo. Tan es así, que al siguiente día publicaba esta nota en mi periódico.—*Hemos tenido el gusto de asistir á la lectura del drama que con el título de [LA HIPOCONDRIA] (tres admiraciones) acaba de componer don Fulano de tal. Nos ha agradado sobre manera lo bien combinado de su argumento, la armonia y fluidez de sus versos, la facilidad del diálogo, y la verdad de sus caracteres.*—Con semejante nota de plantilla se sale del paso, ganandose no solo amigos, sino larga cosecha de complacientes y agradecidos saludos.

Y fortuna que el drama cuya lectura acabábamos de oír provocaba á risa. Los hay que no producen risa ni llanto, alegría ni tristeza. Estos son los escritos con pretensiones de sentimentales. Cierta beata queria tener para sus devociones una imagen de la afligidísima virgen de los Dolores, y tropezó con un San Antonio bendito. Y qué hizo? desnudó-le los hábitos, le puso toca, traje, manto y corona, le pintó en las dos mejillas sendos lagrimones; y cale usted al gozoso San Antonio transformado en la atribulada Dolorosa. Pues hé aquí los dramas sentimentales de ciertos compositores. En unos versos sin sentido comun encajan muchos *¡ayes!* y algunos *¡ahes!* salpicados de varios *¡ahes!* comparables con las lágrimas puestas por la beata en la cara de San Antonio; y ya tenemos hecho y derecho un drama terisimo y sentimental. Toman las maneras del sentimiento por el sentimiento mismo; no lloran, pero hacen como que derraman lágrimas copiosísimas. Vaya un ejemplo histórico:

Ah! al verme por la mañana
 en el espejo ¡ay! mi Dios!
 encuentro ¡ay! que está mi rostro
 como ayer estaba ¡oh!!!

Esto sin contar los versos cortos ó largos, sin cesura ó de consonantes no admisibles. La dificultad para escribir ciertos dramas consiste en componer un rengloncito de ocho, diez ú once sílabas a que dicen verso. Quien hace un verso y tiene paciencia hará ciento: quien compone ciento y sigue con paciencia compondrá un acto: quien forma un acto, y aun la paciencia no le abandona, formará cuatro ú ocho; y quien llegó á cuatro ú ocho actos, si aun persevera con paciencia para sacar en limpio los borradores, llegará á tener compuesto un drama magnífico y sorprendente.

No se busque en él la ternura de Lope de Vega, no el chispeante dialogo de Tirso, no la complicacion en la trama y riqueza de imágenes de Calderon, no los rasgos y ordenamiento de Moreto, no lo cor-

recto de Alarcon y de Mira de Mescua, no el buen gusto é inimitable diálogo de Moratin, ni aun tampoco lo culto y disparatado de Góngora en su *Doctor Carlino*, ni la brocha gorda de los Comellas y Valladares. Nada de esto: no se hallará sino paciencia, y solo paciencia; virtud por cierto muy recomendable, pero que en presencia de Apolo y las nueve no vale tanto como la ira, si este pecado está cometido por el verdadero genio.

F. S. DEL A.

LA VUELTA

AL HOGAR ABANDONADO.

I.

Yo conozco esa lánguida armonia
 Que en el aura sutil perdida vaga:
 Voz encantada de dichoso día
 Que al yerto corazón quema y halaga.

Es mas sentida que el cantar del ave
 Que el Eridano mece en su ribera:
 Al aura es parecida en lo suave
 Cuando arrulla á la flor en la pradera.

¿Es pura cuando sale entre nocturnas
 Nieblas la luna? ¿La azucena es pura
 Cuando entreabriendo sus nevadas urnas
 Da su primer perfume á la espesura?

¿No es hermosa la luz de la alborada
 Cuando en Oriente cristalino arde?
 ¿No es sublime la ráfaga azulada
 Del igneo sol al perecer la tarde?

Mas pura que la luna y azucena,
 Mas bella que la luz que el alba envia,
 Mas sublime que el sol, al morir, suena
 En mi fiel corazón esa armonia.

Yo la escucho, y en término apartado
 Un recuerdo de dichas se desata,
 Donde se aleja un astro desterrado,
 Que en vez de consumirse se dilata.

Cuando ciñó mi frente la inocencia
 En mis amenos prados la vertieron;
 Ora mi corazón bebe la esencia
 De las rosas que entonces florecieron.

El armónico son hiere mi oído,
Y la luz de aquel día me ilumina:
¿Mas por qué recordar el bien perdido?
¿Por qué soñar un templo en su ruina?

Brilló aquel sol, mas pálido celaje
Que fabricó el vapor de altivo monte,
Pasó nublando mi mejor paisaje
Y sombras me dejó en el horizonte.

Al declinar cínose de arboles
Y los rayos del sol dejó encantados:
Pues tras aquel nacieron otros soles,
Mas midieron los cielos eclipsados.

Se ajó el purpúreo velo de la rosa:
La fontana perdió su transparencia:
Tambien mi frente se arrugó penosa,
Que le faltó el rocío de inocencia.

Todo el caudal de amor, placer y calma
Con que adornó mi ser la eterna mano
Huyó, y sufriendo esclavitud el alma
Quiso romper el peligroso arcano.

Pasó el candor cual pasan de las flores
Las esencias en viento veleidoso:
Quedó mi corazón entre dolores,
Y se arrastró con ellos perezoso.

“Mi cuna desprecié, rompí la seda
Que me ciñeron en la edad mas pura;
Ave fui que emigró de su arboleda,
Y el ráudo vuelo destinó á la altura.

Si á la altura subí, ya habré caído,
Que no se escucha en ella esta armonía.
¿Quién la posa ¡gran Dios! sobre mi oído?
¿Dónde la lira está que me la envía?

Qué miro? ¿No son estos los rosales
Dó en mi niñez cogí las mariposas?
Aquí están los sutiles manantiales
Que lanzan esas notas melodiosas.

Aun existe el solar, esas las yedras
Son que sus muros débiles vistieron:
Ese es el olmo antiguo, esas las piedras
Que los fuegos de Enero ennegrecieron.

Este hueco cegado, un día manaba
Un agua dulce, fresca y cristalina:
Allí la viga está donde anidaba
La tímida y sencilla golondrina.

Esa es la piedra donde el padre mio
Se asentaba las tardes de verano:
Allí durmió las siestas del estío,
Aquí me dijo un cuento de un enano.

En aquella enramada he sorprendido
A la tierna avecilla que cantaba:
Al pié de esa retama cogí un nido,
Allí ví una culebra que silbaba.

Escondido en aquella enredadera,
Ocupado en los juegos infantiles,
A Olimpia ví, gran Dios! por vez primera,
Que vino á visitar nuestros rediles.

Allí nos persiguieron las abejas,
Que ambos quisimos disfrutar sus mieles:
Aquí le dí dos cándidas ovejas,
Y le hicimos collares de claveles.

Pero ¡cielos! bellezas recordando
Estoy tan solo! bajo el pino altivo,
Torre del bosque, á Olimpia ví llorando
Cuando yo abandoné mi hogar nativo.

Queridísimo hogar que el tiempo airado
Echó por tierra, sí, rompió tus muros,
Pero tu hermosa paz no ha destrozado,
Aun los aires aquí se beben puros.

¡Salve, céspedes blandos, frescos tálamos
Do me adormí arrullado por las aves,
Salve, granados, yedras, altos álamos,
Florecillas y céfiros suaves!

Yo te saludo, campo alborozado,
Soledades, prestadme vuestra calma,
Curad mi corazón envenenado,
Dadle sosiego por piedad al alma.

Si un día desprecié tantos encantos,
Ora los ansío, vuelvo arrepentido,
Que fui por risas y me dieron llantos:
Mucho en verdad, mis prados, he perdido.

J. S. P.

Literatos andaluces contemporáneos.

DON ALBERTO LISTA.

Al hablar de los literatos mas distinguidos de Andalucía, debemos empezar por el señor de Lista, en primer lugar porque es uno de los hombres verdaderamente doctos que nuestra patria posee, y en segundo porque ha sido el maestro de muchos de los ingenios que florecen en la época actual. El ilustre literato don Patricio de la

Escosura, el inmortal Espronceda y otros varios que pudiéramos citar, han sido discípulos del hombre eminente cuya biografía vamos á escribir.

En la hermosa ciudad de Sevilla, tan celebrada de los poetas, nació don Alberto Lista el día 15 de octubre de 1775. Sus padres eran pobres, y casi desde sus primeros años tuvo el señor de Lista que dedicarse al trabajo de la industria de la seda para ayudar á mantener su familia; pero era tal su aplicacion, ó mejor dirémos, su aficion al estudio, que el tiempo que no estaba en el telar, lo pasaba con sus libros, hallando en ellos el mayor deleite. Tal aplicacion le valió el que á la corta edad de trece años llegase á ser sustituto de una cátedra de matemáticas que costeaba la sociedad económica de Sevilla; y á la edad de veinte años ya era catédrico propietario del colegio de San Telmo. De modo, que desde su mas tierna juventud empezó el señor de Lista á prestar á su pais uno de los mas grandes servicios, cual es el de propagar entre sus compatriotas conocimientos útiles y provechosos.

Empero no solamente gozó desde su juventud el literato que nos ocupa la reputacion de buen matemático; gozábala tambien de buen poeta, y muy merecidamente, pues asociado el señor de Lista á varios jóvenes muy estudiosos que constituian una academia particular de humanidades, dió á la estampa en Sevilla varias poesias notables por la inspiracion y buen gusto que en ellas resaltaban.

Continuó don Alberto Lista consagrado á la enseñanza de la juventud, y su voz resonó en varios establecimientos literarios del reino. En Bilbao ganó por oposicion el año de 1817 la cátedra de matemáticas de aquel consulado; y algunos años despues pasó á Madrid á encargarse de la regencia de estudios del colegio de San Mateo, donde esplicaba varias asignaturas. Muchos años fué regente de dicho colegio; y tambien lo fué posteriormente del que se estableció en esta ciudad en San Felipe Neri, en el cual hemos tenido el gusto de oír la elocuente voz del docto humanista que tanto honor hace á la literatura española del siglo XIX.

No obstante haberse consagrado el señor de Lista á la educacion y enseñanza de la juventud, sus momentos de ocio los ha empleado útilmente enriqueciendo á su pais con obras literarias de gran mérito. Cuéntase entre estas una elemental de matemáticas puras y mistas, de la cual se hizo

segunda edicion en Madrid el año de 1824. Débese tambien á la elegante pluma del señor de Lista una hermosa traduccion de la historia universal de Segur, continuada hasta nuestros dias, un compendio de la *Historia antigua* y el complemento de la *Historia de España*. En estas obras históricas luce á mas de la erudicion muy buen estilo, pues la prosa del señor de Lista es tan pura y correcta, que con razon se le tiene por uno de los mejores hablistas de nuestro siglo.

Tambien ha sido periodista el distinguido literato que nos ocupa. Citarémos entre otros periódicos en que ha escrito, el *Imparcial*, que se publicó en la segunda época constitucional, y en el cual escribió el señor de Lista en union con los señores Búrgos, Miñano, Almenara y Hermosilla. Si considerásemos al señor don Alberto como hombre político, quizá hallariamos defectos que censurar; pero solo debemos considerarlo en nuestro periódico como literato, y además, hace ya algunos años que el señor de Lista se ha separado de la política.

Como crítico se halla reputado justamente por uno de los primeros de España. En el *Tiempo*, periódico que vió la luz pública en esta capital, insertó una série de brillantes artículos, que despues hemos visto reimpresos formando una obra intitulada *Ensayos críticos*. Dicha obra es una de las mejores que poseemos; su entendido autor, con la claridad y precision que le distingue, hace el juicio crítico de nuestros dramáticos antiguos, habla además con mucho acierto de la poesia lírica, y de las diversas clases de oratoria que se conocen, dando reglas y preceptos tan sanos y juiciosos, que no deben desaprovecharse por los que se dedican al cultivo de las buenas letras.

Réstanos considerar á don Alberto Lista como poeta. De la coleccion de poesias de dicho señor se han hecho varias ediciones, y tambien se han traducido en distintos idiomas, lo que prueba que han sido recibidas con general aplauso. No se hallan en las poesias del señor de Lista la vehemencia y gallardia de conceptos de Quintana; pero en cambio se notan en ellas delicados pensamientos, y la atractiva dulzura que distinguió á Melendez Valdés. La religion ha inspirado bellísimos cantos al vate sevillano que nos ocupa, y en sus poesias sagradas hay magnificas odas; en las profanas se encuéntran tambien muy lindas composiciones, entre ellas una hermosa oda *A la beneficencia* y varias anacreónticas de muy buen gusto.

Al tocar este punto pudiera tachársenos de parciales, por los elogios que tributamos á tan ilustre poeta; pero no somos nosotros solamente, ni gran número de españoles, los que rinden homenaje al mérito de don Alberto Lista; los extranjeros también lo reconocen, y en prueba de nuestro aserto vamos á copiar íntegramente lo que el célebre alemán Wolf, en el prólogo de su *Floresta de rimas españolas*, habla del señor de Lista. — «Sus poesías, dice, son casi todas del género lírico, que es el único á que se ha dedicado; mas en ellas se ha señalado tanto, que se le debe colocar entre los primeros poetas modernos de aquel género, no solo de España sino de Europa. Háse, pues, formado con el estudio de los poetas clásicos de la antigüedad y los castellanos del siglo de oro; y es quizá entre los poetas españoles el que ha sabido reunir con el mejor éxito la precisión, claridad y elegancia de los clásicos antiguos, con el encanto, balago y riqueza de los castellanos, y la profundidad metafísica de los modernos. Sirvan de prueba sus traducciones, mejor dirémos, sus imitaciones de Horacio, escritas con tanta maestría que el mismo poeta romano no hubiera podido decirlo mejor, á haberse valido del habla castellana; sus poesías sagradas, compuestas en el espíritu de aquel cristianismo romántico en que los castellanos han aventajado á todas las demás naciones de Europa; sus líricas profanas, llenas de patriotismo y vuelo, por las que ha verificado lo que de él había pronosticado su célebre maestro Melendez, diciendo: — *Endon Alberto Lista veo renacida la musa del divino Herrera*; — sus poesías filosóficas en las que no se sabe qué admirar mas, ó la apacibilidad de los sentimientos, ó la humanidad, nobleza y elevación en las miras, ó la perfección del estilo y la versificación: en fin, sus poesías amorosas y anacreónticas, en que, si nó se iguala al dulcísimo Batiilo, á lo menos no cede á ninguno de cuantos, entre sus demás compatriotas, han pulsado el blando laud de Anacreonte.»

Concluirémos este artículo diciendo que el señor de Lista, á la edad de 75 años que cuenta, continúa prestando servicios á la literatura española. En la actualidad se halla en Sevilla, y no hace muchos días que con motivo del exámen de los alumnos del colegio de San Diego, pronunció un brillante discurso literario, que hemos visto reproducido en varios periódicos. Don Alberto Lista es individuo de la Academia española, pre-

sidente de la de buenas letras de Sevilla, canónigo de la santa iglesia Catedral de dicha ciudad, y en la universidad literaria de la misma obtiene un lugar preferente, debido á su saber y merecimientos.

J. P.

EL NIÑO MIMADO. (1)

LOS PADRES DEL NIÑO.

(CONTINUACION.)

Pues era vez y vez, amado lector, un niño mimado, y este niño mimado se llamaba Carlitos: mas calla, me parecia mejor que antes de comenzar la pintura de mi héroe, te diera á conocer á doña Juliana de Argote y Peralta, que era su mamá, y á don Cayetano Goronda y Poy, que era (según él decía) su papá: el matrimonio de estos dos sujetos fué un acontecimiento de los muchos raros que suceden que caen en lenguas de la sociedad, y quedan como nuevos sus protagonistas. Así, pues, como que en este mundo nadie es dueño de hacer lo que le parezca, sin que no sea criticado, triturado, deshecho y mordido por allegados y estraños, por amigos y enemigos, por moros y cristianos, los vecinos y conocimientos de ambos cónyuges, comentaron el enlace, unos como prudente medida, otros como recurso desesperado, aquellos como específico para la jaqueca, y las otras como punto de economía, y no faltó zumbon que achacase esta medida á filosófica resolución de la novia al mirarse ya próxima al sexto grado bajo cero. Si vale decir verdad, era mas de lijeretear este consorcio por los antecedentes y circunstancias; Don Cayetano era escribiente, y doña Juliana de Argote habia sido mujer de chimenea, es decir, de muchos humos, pues no queria tra-

(1) Véase el número 4.

to sino con generales, títulos, con embajadores, con obispos y con los que estuviesen en opinion de santo, de suerte que todas las demás clases de la sociedad eran para ella despreciables: preocupaciones á la verdad ridiculas, que solo pueden abrigar las almas mezquinas, comparables con el orgullo de la ruda, que cree exhalar una dulce fragancia si se halla ingerida en un ramo de claveles; pero todo tiene su desengaño: así que, gozándose doña Juliana, esta ruda de la sociedad, en el jardín de sus vanidades, vió que pasando entre títulos, santos, obispos, generales y embajadores, se pasó ella sin haber podido ganar una mitra por ser de todo imposible, ni una faja en las mil emboscadas que tendió, y sin llevar la diplomacia á los pies del altar.

De compadecer es la mujer que al mirarse en el trono de su juventud, bajo el dosel de sus hechizos, corona la frente de una vanidad airada, y llega á educar á su corazon en sus vanidades; los incienso son tan pasajeros como las rosas de sus mejillas. Ay de tí, diosa soberbia, cuando los desengaños te hagan ver que te quedaste sola sobre tu trono, que ya no te brindan en los festines, ni á tus plantas riegan flores, ¿qué haces entonces, mujer? Ay! entonces tiene á mi modo de ver muchos cambios este ser desgraciado. Al principio lucha con la verdad y la mentira, con la creencia y la duda, hasta llegar en escala descendente volviendo la cara atrás con pié tardo y ojos lagrimosos maldiciendo el porvenir, odiando el presente y adorando recuerdos. Prueba de lo que digo es la doña Juliana, que pasada una larga ausencia y vuelta á las sociedades, vió que ya no la sacaban á bailar en las tertulias, que le preguntaban si tenia catarro cuando cantaba, y que le hacian ver que estaba descolorida. Gradualmente fué obrando el convencimiento en esta mujer, que dejó de bailar, aburrió el cante y le quedó el recurso de darse el colorete y de llevar el velo echado cuando por la calle iba; la misma marcha descendente que siguió su incredulidad llevó el barómetro de sus vanidades, pues cuando dejó de bailar se dedicó á favorecer con sus miradas á un coronel y á un agregado de embajada; cuando aburrió el cante, se hacia acompañar de un teniente retirado y un comisionado de apremios, y el primer colorete que se dió, dejó que se lo alabara un inválido, y un meritorio de una comisaría. Y á fe mia que perdió el inválido,

pues el atrevido meritorio siguióla á misa, acompañóla por la acera de en frente hasta su casa, y luego que la vió en el balcon aun con el velo prendido haciendo fiestas á un loro blanco, y que recibió alguna que otra furtiva mirada, se fué á una peluquería, se mandó hacer un bisoné rubio como unas candelas, á mas del que tenia negro para diario, y el domingo próximo, al volver la doña Juliana del jubileo, le dió con todo el arrojó, tono y severidad que puede reunir un meritorio de policia, un papel blanco, aunque en él litografiados los dedos del atrevido cupidillo, en el cual billete le declaró su pensamiento atrevido.

Hubo dimes y diretes, guiñadas, suspiros, versos y ramos de flores de por medio, sin olvidar una toronja un jueves de compadre, y una cajetilla de jalea por navidad, y aquí por muy poco truena el compromiso; pues la dama tomólo á pulla, por tener tres dientes en columpio: y como venganza, le pidió al manco meritorio pruebas de sangre azul, con lo que se halló mal parado el caballero, teniendo que hacerle pintar á un ayudante de escuela, amigo suyo, un árbol genealógico, que mas que árbol pareciera bosque; el ayudantillo era pesca, y á fe que supo poner cantando en las ramas á Guzmanes y Mendozas, Figueras y Ladrones de Guevara, con lo cual, y una asídua humildad de parte del Macías, se ablandó la biliosa Lucrecia, y resultado de la dicha desavenencia la compra de una cama camera, la toma de una doncella, esto es, una sirvienta mas, mudanza de casa y otras señales fijas de himeneo. Un sábado en la noche se apeaban de un coche en la puerta de una casa con pórtico de marmol, en la calle de Sopránis, dos damas y dos caballeros: eran doña Juliana y una amiga íntima, y don Cayetano el meritorio y un amigo de la casa. Dios os haga felices, dijeron la dama y el caballero luego que dejaron en la sala á los desposados: y abrazándose las damas, y apretándose las manos los caballeros, partieron los amigos dejando como dos tórtolos á los bendecidos: á ella sentada en el sofá abanicándose á toda máquina, á él sentado en el ciérro de cristales alisándose el bisoné con ambas manos y refregándose las botas, apremiando así las pulgas que habia cogido en el carruaje, pues entonces como ahora los coches de alquiler eran unas casas de fieras en miniatura. Pues, señor, dieron las nueve de la noche, y quedó el ciérro á oscuras, y á las diez

una criada que fué á cerrar los cristales, dió las buenas noches á las vecinas de en frente, que en silencio estaban también á oscuras sentadas en su balcon; buenas noches, repitió la doncella, y muy buenas respondieron al fin las vecinas, ahogando un borboto de risa: y pues que son las diez y todo se va quedando á oscuras, me parece prudente darle también las buenas noches á mis lectores.

J. S. P.

TEATRO PRINCIPAL.

EL PRIMITO (traducción). Las hermanas Revillas, principalmente doña Rita, y los señores Calvo y Cejudo fueron aplaudidos.

D. TRIFON, ó TODO POR EL DINERO (original). Sonaron algunas palmadas al terminar la representación. Oímos decir á muchos espectadores que el señor Calvo debiera haber desempeñado el papel del protagonista.

EL FUEGO DEL CIELO (traducción). Se estrenaba á beneficio del señor Valero, y atrajo una concurrencia mayor que la de costumbre. El público salió disgustado de la comedia, pues además de ser de mal género, no ofrece interés alguno. El fuego del cielo es un rayo; y un rayo según la comedia, hace á un hijo olvidarse del amor filial. Dejamos á la consideración de los médicos, porque es cosa que no entendemos, lo de que semejante exhalación meteorológica produzca la ceguera contrayendo los párpados, y sin afectar los órganos en que se verifica la visión. Durante el primer acto hace buen tiempo, se levanta una leve nubecilla, salta la tempestad mas horrorosa, el cielo desgaja rayos á centenares, rueda la caja de truenos, y se serena el tiempo hasta tal punto, que da á la vela una fragata, sin cuidarse de la gente que estaba en tierra, y que por el mal humor de los señores elementos no habian podido ir al buque. Estuvo bien ensayada, y en el exorno nada habia que desear. Los señores Valero y Pastrana recibieron muchos aplausos, y al final fueron llamados, aunque algo tibiamente, los actores á la escena.

LA CARABINA DE AMBROSIO (original). Esta comedia en dos actos, se está representando todas las noches en dicho coliseo con las dos mangas que, durante los entreactos, caen del techo por sendos agujeros. En la azotea tienen una colocación fija, como si el viento fuera siempre el mismo; de modo que cuando la entrada á dichas mangas está de espalda á la corriente del aire, que es las mas de las noches, de nada sirve el impropio trabajo de estar todos los entreactos subiéndolas y bajándolas.

Además de las anteriores comedias, se han puesto en escena desde nuestra última revista hasta antes de ayer, *A cazar me vuelvo*, *Todo es farsa en este mundo*, *Un día de campo*, *Honra y provecho*, *El domine consejero*, *El marido desleal*, *La mujer de un artista* y *El protestante*. De su desempeño debemos decir la misma cosa, esto es, que sonaron algunas palmadas al terminar las representaciones.

Mañana lunes se pondrá en escena, según nos aseguran, *El artista vale mas*, comedia compuesta por nuestro compatriota don José Sanchez Albarran. La hemos leído, y según nuestro juicio, nos parece muy digna del poeta que escribió el primer acto de *Con título y sin fortuna*.

PLAZA DE MINA.

Un amigo nuestro suele pasar el tiempo cuando pasea por la plaza de Mina en ir tomando de memoria las palabras sueltas que los transeúntes pronuncian al discurrir por junto á él. Así forma algunos párrafos curiosos, como el siguiente:

—Me estoy haciendo un vestido con...

—La sinfonia de Guillermo Tell...

—En la tienda del Indio.

—Eso será porque es rubia.

—No me lo niegue usted...

—En los bancos del Refugio.